



Galfione, María Carla. "Trípticos para un futuro. Las fuerzas morales en la Revista de filosofía".
Estudios de Teoría Literaria. Revista digital: artes, letras y humanidades, marzo de 2025, vol. 14, n° 33, pp. 66-78.

Trípticos para un futuro Las fuerzas morales en la *Revista de filosofía*

Triptychs for a future. Moral forces in the *Revista de Filosofía*

María Carla Galfione¹

ORCID: 0000-0002-1037-4925

Recibido: 09/12/2024 || Aprobado: 25/02/2025 || Publicado: -21/03/2025
ARK CAICYT : <https://id.caicyt.gov.ar/ark:/s23139676/nk90rmb0r>

Resumen

Interesa pensar la propuesta de filosofía que ensaya Ingenieros a partir de sus últimos escritos, en particular los textos publicados en la *Revista de Filosofía*, que luego serían reunidos en *Las fuerzas morales*. El artículo intenta señalar un hilo que liga estos trabajos con su producción previa. La hipótesis es que la filosofía tiene allí un sentido específico, que se comprende sólo en la articulación con sus otros escritos, y que es esta relación la que le permite mantener abierta la dimensión del futuro, en cuyo seno se inscribirá la posibilidad de pensar la juventud y su rol en el presente. El recorrido argumentativo considera el asunto desde una perspectiva afín a la historia conceptual; intenta inscribir las diferentes intervenciones en un conjunto más amplio que se remite a las lógicas de sentido que operan en ellas y, desde allí, toma distancia de algunas lecturas instaladas que hacen de su definición de filosofía una expresión que puede leerse en articulación con el discurso conocido como "antipositivista".

Palabras clave

José Ingenieros; filosofía; ideales; renovación.

Abstract

It is interesting to think about the proposal of philosophy that Ingenieros rehearses from his last writings, in particular the texts published in the *Revista de Filosofía*, which would later be gathered in *Las fuerzas morales*. The article tries to point out a thread that links these works with his previous production. The hypothesis is that philosophy has a specific meaning there, which is understood only in the articulation with his other writings, and that it is this connection that allows him to keep open the dimension of the future, within which the possibility of thinking about youth and its role in the present will be inscribed. The argumentative path considers the issue from a perspective akin to conceptual history; it tries to inscribe the different interventions in a broader set that refers to the logics of meaning that operate in them and, from there, it distances itself from some installed readings that make of his definition of philosophy an expression that can be read in articulation with the discourse known as "anti-positivist".

Keywords

José Ingenieros; philosophy; ideals; renovation.

¹ Profesora y licenciada en filosofía por la Universidad Nacional de Córdoba. Doctora en Ciencias Humanas por la Universidad Nacional de Quilmes. Investigadora adjunta de Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, con sede en el Instituto de Humanidades (IDH). Profesora Adjunta de Filosofía Argentina y Latinoamericana en la Universidad Nacional de Córdoba. Contacto: carlagalfione@gmail.com



En las lecturas contemporáneas más autorizadas de la obra y el pensamiento de José Ingenieros, cuando se atiende a sus últimos años, se establece un estrecho vínculo entre los dos elementos que nos interesa pensar aquí: la filosofía y la juventud. Porque, si se señala *El hombre mediocre* como el inicio de su giro hacia un discurso filosófico, también se reconocen allí las primeras manifestaciones de lo que usualmente denominamos “juvenilismo”. Y ambos elementos se articulan como expresiones continuadas y ligadas con el proyecto de la *Revista de filosofía. Cultura, ciencias, educación*. De alguna manera, no sería demasiado arriesgado sostener que la *Revista* encarna ese proyecto, combinando ambos elementos.

Un rápido repaso por aquellos dos componentes y el sentido que adquieren nos hace detenernos en el primero. Las investigaciones recientes insisten en reconocer en los años de la *Revista*, y en el proyecto mismo, una muestra palpable de la tensión que entonces crece entre lo que aún se llama la matriz positivista, o, en su versión menos esquemática, cientificista, y la crítica antipositivista. Poniendo aquel emblemático libro como bisagra, y en el marco del cimbronazo que significa la experiencia de la guerra, estas lecturas señalan los años de la revista como el momento en que Ingenieros comenzaría a abandonar aquel proyecto positivista.²

Si, hasta entonces, la apelación de Ingenieros y los autores de la *Revista* a su posición discipular con respecto a algún maestro fallecido recientemente –con seguridad parte de la generación del 80, como señala Luis Rossi– o su manifiesto vínculo con la oligarquía argentina al que se refiere Oscar Terán, puedan permitirnos señalar cierta imprecisión en su posición, con el correr de los años, según esas lecturas, esa línea será reemplazada por un nuevo esquema que, recogiendo las novedades que traían las posiciones críticas al cientificismo, se hará patente en las expresiones de nuestro autor y también en su proyecto.

Esta nueva inscripción equivale, en esa lectura, a la adopción por parte de Ingenieros de los motivos antipositivistas que rondaban el ambiente y que protagonizarían la crisis del positivismo en el país en esos años. Por supuesto, ni Terán ni Rossi intentan sostener que ese tránsito haya sido abrupto, y mucho menos rotundo. Ambos reconocen la persistencia de viejos motivos, causantes de tensiones o contradicciones que aquel intelectual no pudo terminar de resolver. Terán es particularmente insistente al respecto. En su lectura, Ingenieros nunca abandonaría completamente el cientificismo, aunque tampoco alcanzaría a articularlo o diluirlo en la novedad. Y en la misma línea, Rossi puede continuar señalando contradicciones: “la convicción biologicista que articula la argumentación no desaparece de su pensamiento, pero se ve limitada por la importancia nueva que toma en el esquema la cuestión acerca de la formación de ideas” (Rossi 32). Y al referirse a esto, advierte allí, precisamente, la presencia

² Tal como lo lee Terán, al protagonismo de *El hombre mediocre* se le suma, con más precisión, la conferencia “Las ciencias nuevas y las leyes viejas”, ofrecida en Barcelona en 1914, al final de su exilio en Europa. Para Terán, Ingenieros reconoce aquí “las insuficiencias del cientificismo” (Terán 82), o, lo que es lo mismo, la posibilidad de articular el saber con la ética y los valores, habilitando un nuevo discurso, en el que la filosofía sería protagonista. Si seguimos la presentación que hace Rossi de la *Revista de filosofía*, revisar el listado de colaboradores permitiría observar “la orientación masivamente positivista de la Revista” (Rossi 21). Sin embargo, este investigador reconoce una importante modificación luego de 1918. Observa que, desde entonces, pueden reconocerse algunas marcas del tránsito hacia una lógica opuesta, aunque no poco atravesada por la ambigüedad, que llevarían a Ingenieros a hablar de “ideales” e interesarse por “la problemática específicamente filosófica” (Rossi 51). Tomamos como referencia a Terán y a Rossi por la centralidad que tienen hoy sus interpretaciones, ya en relación con el pensamiento de Ingenieros, ya con relación a la *Revista*. Sabemos que disponemos de una extensa cantidad de estudios sobre el tema. Entre ellos podemos agregar, por su envergadura y por tratarse de un trabajo reciente que recoge con cuidado una importante variedad de aportes y lecturas, el libro de Mariano Plotkin. A propósito del tema que nos convoca, el autor señala que “En *Las fuerzas morales*, Ingenieros abandona de manera casi explícita su determinismo [...] *Las fuerzas morales* puede ser leído casi como una celebración de la voluntad” (Plotkin 249-250).

de “una matriz discursiva nueva: la filosófica”, que *convive forzosamente* con la que sería anterior.³

Probablemente, y no de manera casual, este momento bisagra del pensamiento de Ingenieros coincide con el desarrollo de una mirada que fue muy celebrada y de la que nuestro autor terminó por ser uno de los protagonistas: nos referimos al juvenilismo. Para esas lecturas, desde entonces asistiríamos a un enfático llamado a la juventud como protagonista del presente. Algo que, como muy bien muestra Hugo Biagini en un trabajo reciente, ha sido leído elogiosamente como una sumatoria de expresiones históricas: a la de la juventud, en general identificada con el reformismo del 18, se le agrega la de América Latina y el antimperialismo, articulando una disputa social y cultural, que, a la vez, parece tensionarse con sus antiguas expresiones en las fauces del positivismo (Biagini 47-65).

En este artículo nos ubicamos en este segmento de la producción de Ingenieros y también de la *Revista de filosofía*, proponiendo una lectura detenida de una porción de los escritos que entonces se publican y que, en su conjunto, atienden de manera específica al rol de la juventud, desplegando las herramientas que esa lógica, en principio renovada y *filosófica*, le ofrece. Nos concentramos en la serie de textos que luego, de manera póstuma, verán la luz como *Las fuerzas morales*, pero que inicialmente aparecieron en la *Revista*.⁴ Y si nos atrevemos a llamarle “serie” ello se debe principalmente a esa reunión, pero también a una marca sintáctica que persiste en todos ellos: su título se compone por tres palabras, divididas por guiones o comas, y, en su desarrollo, la definición de cada una de ellas se organiza en razón de tres párrafos por palabra. Desde septiembre de 1920 hasta julio de 1926, aunque no de manera regular, se publican artículos de entre seis y diez páginas con esta misma estructura.⁵ Tanto el

³ Resaltamos que, con un gesto valioso de la historia intelectual, ambos investigadores prefieren no resolver la contradicción y mostrarla en sus propios términos. Porque si, en un modelo más tradicional, deberíamos ver la sucesión de matrices o escuelas, aquí por fin vemos que diversas posiciones pueden convivir y que es preferible la tensión que aviva la inquietud del historiador, a una resolución arbitraria del conflicto histórico de las ideas.

⁴ Sobre la publicación de *Las fuerzas morales* hay una noticia que abre el número de marzo de 1926, seguido de un breve texto. La noticia es de Aníbal Ponce, el texto es de Ingenieros. Este último plantea los mismos tópicos abordados en los otros trabajos que formarán *Las fuerzas morales*, aunque no está incluido allí. Sin embargo, vamos a considerarlo también en lo que sigue. Ponce recuerda tres elementos que parece importante tener presentes: que la obra estaba lista al momento de fallecer Ingenieros, es decir, que es publicada póstumamente, pero que la reunión de artículos la hizo el mismo autor, que, si bien los capítulos del libro se publicaron fragmentariamente como artículos, hay allí “un plan largamente meditado” (Ingenieros, “Las fuerzas” 293) y, finalmente, que quizás el breve texto que no se incluye y que él presenta sea una despedida.

⁵ Se trata de: “Terruño, patria, humanidad. Páginas escritas para el próximo congreso de Estudiantes Latinoamericanos”, VI, XII, 5 (setiembre de 1920), pp. 304-313, “Juventud – Entusiasmo – Energía”, VII, XIV, 4 (julio de 1921), pp. 126-132, “Voluntad, iniciativa, trabajo”, VII, XIV, 5 (setiembre de 1921), pp. 300-306, “Inquietud, rebeldía, perfección”, VII, XIV, 6 (noviembre de 1921), pp. 441-448, “Simpatía – Justicia – Solidaridad”, VIII, XV, 1 (enero de 1922), pp. 128-134, “Verdad – Ciencia – Ideal”, VIII, XV, 2 (marzo de 1922), pp. 299-307, “Mérito – tiempo – estilo”, VIII, XVI, 5 (setiembre de 1922), pp. 301-308, “Historia, progreso, porvenir”, IX, XVII, 2 (marzo de 1923), pp. 243-250., “Bondad, moral, religión”, IX, XVII, 3 (mayo de 1923), pp. 440-446, “Terruño, nación, humanidad”, XII, XXIV, 4 (julio de 1926), pp. 1-10. Cabe señalar que el último artículo con este formato se publica luego de la muerte de Ingenieros, su nombre es casi idéntico al primero de la serie y su contenido coincide en varias partes. El texto de 1920 no aparece en la publicación de *Las fuerzas morales*, sí el último, aunque con modificaciones. En su publicación en la revista, este último lleva una nota al pie que consigna que fue extraído del libro en preparación, aprovechando para anunciar la pronta publicación. Por otra parte, hay otro texto incluido en la edición del libro, “Educación, escuela, maestro”, que no está en la *Revista*, pero sobre el que no hemos hallado información relativa a su aparición en alguna otra publicación periódica. Del mismo modo, varios de estos artículos, además de aparecer en la *Revista*, vieron la luz en otras revistas de la época, entre las que se destaca *Nosotros*. Por otra parte, en el libro, cada artículo pierde su autonomía y los párrafos están numerados de corrido. Para las referencias de los artículos, tomamos el índice de Fernández, Galfione, 2021. El estudio preliminar de ese índice aporta también información general sobre la revista.

hecho de que hayan aparecido en la *Revista*, cuanto la forma que presentan puede decir algo sobre las nociones que allí se despliegan.

Nos interesa revisar esos textos, entendiéndolos como expresión del pensamiento de Ingenieros, pero a la vez de la *Revista* misma, para avanzar en la consideración de los dos elementos mencionados: por un lado, reconocer allí qué matriz de pensamiento está traccionando u operando; si efectivamente se trata de un corrimiento hacia posiciones críticas del positivismo que, sólo entonces, permitirían esbozar una definición de filosofía o, en su defecto, de qué se trata. Junto a ello, cómo entonces, y en ese marco, se construye una noción de juventud; cuál es su particularidad y, principalmente, cómo se sostiene conceptualmente. La pregunta que se instala inmediatamente versa sobre la relación entre ambos asuntos, el modo en que se autoimplican y sus consecuencias.

Hay algunos conceptos que resultan pilares de la construcción que ensaya nuestro autor, o al menos de la reconstrucción que nos interesa hacer. Uno es el de “ideal”, aunque quizás sea mucho más pertinente enunciarlo en plural, “ideales”. El otro es “renovación”. Ambos remiten a los elementos que queremos poner en juego, permiten ahondar en su sentido y nos sugieren la estructura de lo que sigue.

1. “Ideales”

Aunque no se detenga en estos artículos a remarcar la relación, el concepto de “ideal” está en la base de lo que Ingenieros define aquí como “filosofía”. Y esto es algo que nuestro autor viene planteando desde varios años antes, suponiendo sentidos específicos para ambos términos, que nos parece necesario reconstruir para llegar a comprenderlos. En efecto, en *Principios de psicología* entendía que ese era el ámbito de la filosofía y lo mismo seguirá sosteniendo y complejizando varios años después en reediciones de esta misma obra y en estos trabajos. En todos ellos, recuerda el estrecho vínculo que debe establecerse entre ideales y experiencia, otro elemento que no sólo cobra importancia, sino también un sentido que hay que distinguir.⁶

Ubicados en lo que podríamos considerar una dimensión epistemológica, la experiencia es definida como experiencia sensible; señala la percepción sensible que poseemos de los objetos, partiendo de una consideración realista de éstos, según la cual los objetos disponibles al conocimiento son físicos y espacio-temporales. La mediación que la noción de experiencia aporta, ubica el comportamiento humano mismo en el terreno físico con las condiciones que éste reclama o impone. El ser humano es un ser vivo que se adapta al medio para sobrevivir. El conocimiento es parte de esa adaptación. Dice Ingenieros: “para adaptarse a la naturaleza y para transformarla en su propio beneficio, el hombre debe estar capacitado para obtener el rendimiento máximo de su esfuerzo ordenado y continuo”, agregando inmediatamente que “el hombre piensa para obrar con más eficacia y multiplicar el área en que desenvuelve su actividad” (Ingenieros, “Juventud” 131).

La ciencia y la técnica participan del mismo proceso, son condición necesaria de la vida, la posibilidad de responder a las necesidades y contribuir al bienestar. La ciencia aporta verdades, aunque en un sentido específico, porque las verdades son relativas:

⁶ Sería conveniente contrastar afirmaciones de las diversas obras de Ingenieros para ver con claridad lo que planteamos, sin embargo, el espacio disponible dificulta esa opción y preferimos remitirnos a los trabajos disponibles sobre el tema que consignamos en la bibliografía. Sólo cabe mencionar en términos muy generales esa relación con *Principios de Psicología*, el trabajo probablemente más acabado de Ingenieros. Y recordar con ello que, si bien la noción de “ideales” no aparece en la primera edición de esa obra, publicada en *Archivos de psiquiatría y criminología* en 1910, sí lo hace en la edición de 1913 (Cfr. Ingenieros, *Principios* 371 ss) y en las ediciones posteriores, de 1916 y 1919.

... si el mudar incesante de lo real determina la variación de lo conocible y de lo conociente [...] toda verdad expresa una perfectible correlación funcional. [...] En una experiencia como la humana, formada en función de un universo variante, devienen sin cesar verdades relativas a esa variación misma (Ingenieros, “Verdad” 299).

Nacidas de la relación con lo sensible, las respuestas de las ciencias, aunque también sus recursos, son infinitamente perfectibles, las leyes mismas son expresión de relatividades funcionales. Las ciencias son verdades para la vida en medios que se van transformando, de ahí su relatividad.

Esta vía nos conduce por fin a los ideales. Del mismo modo que cualquier afirmación con pretensión de verdad, los ideales no pueden negar su relación con la experiencia, esa experiencia que es sensible y, por tanto, cambiante. Aquí, preocupa mucho más el vínculo con lo espacio-temporal que la certeza. Al igual que lo hacía en *Principios de psicología* y en otros trabajos, Ingenieros señala la dificultad de atar los ideales a la verdad, prefiriendo referirse a su legitimidad. Los ideales son hipótesis elaboradas sobre las verdades que aporta la ciencia, para avanzar ensayando respuestas sobre aquello de lo que ésta aún no puede hablar. Esas hipótesis son anticipaciones de un futuro por venir. “Hipótesis de perfectibilidad”, les llama, “simples anticipaciones del eterno devenir” (Ingenieros, “Inquietud” 446). Sin aspirar a la verdad, porque no dicen más que lo que puede ser, los ideales son legítimos en tanto recogen su insumo de la experiencia. Y por ello, del mismo modo que las leyes científicas, son sólo transitorios. Así, “las hipótesis más arriesgadas son interpretaciones generales fundadas en los conocimientos de su medio y de su tiempo, por mucho que el genio se anticipe a la experiencia futura” (Ingenieros, “Verdad” 303), dice, constriñendo incluso al genio a circunstancias específicas.

Quizás no esté de más advertir una particularidad: Ingenieros se refiere a los ideales cuando aborda cuestiones relativas a la vida y creencias humanas. No habla de ideales de la ciencia, no conceptualiza de este modo las hipótesis que la ciencia genera para avanzar en el desarrollo de sus teorías. Y esto permite suponer un gran esfuerzo para articular una determinada lógica acerca del conocimiento científico, sus métodos y el estatus de sus respuestas, con las cuestiones que rondaban el terreno de la filosofía, o más precisamente, de la metafísica, en el sentido que él le da al término, “metafísica de la experiencia”. Aunque no haya aquí división de las ciencias, “ideales” es el nombre preciso que las hipótesis toman cuando tratan de cuestiones que usualmente dejamos por fuera de las ciencias físico-naturales.⁷

A la hora de dar cuenta del modo en que operan esos ideales, también reconocemos aquí elementos ya desplegados en trabajos anteriores. Una reflexión recurrente en torno al vínculo entre individuo y sociedad vuelve a aparecer: las sociedades no son sino producto de la reunión de individuos en pos del alcance de un mayor bienestar y del reconocimiento de los beneficios a que conduce una vida organizada en grupo. Y, efectivamente, en estos desarrollos encontramos a Ingenieros afirmando no sólo la necesidad de adaptación al medio sino también el hecho de que dicha adaptación, en ciertas sociedades *más evolucionadas* respecto de las especies animales, requiere la organización y, más específicamente, la *cooperación* como condición, afectando con ello el principio darwinista de la lucha por la vida. Dice:

La vida en común exige la aceptación del deber por cada individuo y el respeto de los derechos por toda la sociedad; en la medida en que armonizan lo individual y lo social, condicionándose recíprocamente, la solidaridad reemplaza el antagonismo y la cooperación la lucha (Ingenieros, “Bondad...” 442)

⁷ Sobre este asunto, se puede revisar el libro de Cristina Fernández, 2012.

Tal como lo planteaba en sus obras previas, el desarrollo económico o productivo de los grupos humanos impone nuevas condiciones de supervivencia, condicionando a los hombres a una vida articulada con otros, y allí la “solidaridad” y la “cooperación” son términos que los nuevos desarrollos de la sociología aportan para dar cuenta de las formas específicas en que las relaciones varían. En cualquier caso, no es otra condición más que la de ser fenómenos naturales, la que se impone también a la hora de pensar las sociedades.

En ese marco, los ideales también se encuentran con el conjunto de “representaciones colectivas” que esos grupos crean para dar significación a su mundo compartido. De este modo, puede referirse a “patria” o “nación” como producto de sentimientos naturales, derivados de la “compenetración del hombre con su medio” (Ingenieros, “Terruño, patria...” 305). Sentimientos que nacen en las proximidades de una vecindad, según explica, como “amor al terruño”, a lo que el medio ofrece, al modo de vincularse con él, y que luego se van amplificando a medida que las sociedades se complejizan. Ese amor, dice, está “ligado al medio físico desde que el grupo se adapta a la vida sedentaria” (Ingenieros, “Terruño, patria...” 305).

No obstante, en este punto encontramos una precisión más en lo que hace a la definición de los “ideales”. Resulta importante diferenciar ese sentimiento de amor, que supone sociedades homogéneas –resultado de la conjunción en los modos individuales de vincularse al medio–, de las construcciones políticas. A diferencia de aquel, éstas son artificiales, no se apoyan en ese sentimiento, ni lo reproducen: “el Estado es una patria convencional y con frecuencia no despierta ecos en el corazón de los hombres, porque suele nacer del artificio o la conquista”. El sentimiento patriótico verdadero supone, en cambio, la preocupación por el respeto, la dignidad, el bienestar del pueblo; se asienta en aquella idea de solidaridad, “solo en la medida de su afinidad, los pueblos pueden sentirse solidarios dentro de la unidad nacional” (Ingenieros, “Terruño, nación...” 3). Allí donde no hay esclavitud, dice, donde priman la libertad y el bienestar de todo el pueblo hay patria en el sentido más propio (Ingenieros, “Terruño, patria...” 306-307).

Y de este modo también puede explicar la tensión que se genera entre las representaciones dadas y las efectivas necesidades que se van renovando. Antes de pasar a ese asunto, parece conveniente reconocer cómo se refiere a la “moral”. Es sólo con la vista puesta en los ideales definidos de esta manera, que Ingenieros avanza sobre ese terreno. La eticidad o la moral –los “ideales éticos”, como también la llama– es el deber ser, que difiere de lo que es, aunque sólo en tanto no es todavía. Desde aquí pueden advertirse dos cuestiones: por un lado, que, al referirnos a la moral en este sentido, no está suponiendo exactamente la moral vigente en un determinado momento. Si nuestro autor puede decir que la moral se forma, efectivamente, a partir de las costumbres de los individuos en un marco social, si es producto también de la adaptación, el sentido más propio de la moral aparece cuando la identifica con los ideales, con lo que aún no es. Y esto no es sino advertir que la moral está en constante transformación, como dijimos acerca de los ideales. En sus palabras:

... la conciencia moral formula en cada época ideales propios que interpretan las nuevas posibilidades de su experiencia sin cesar renovada. Lo que ayer fue ideal puede ser hoy interés creado, enemigo de ideales más legítimos; el ideal de hoy podrá convertirse mañana en rutina obstruyente de nuevos ideales (Ingenieros, “Verdad” 306).

Entonces, puede sugerirse que la diferencia está en el hecho de que este sentido de moral, como ideal, es diverso de la moral desplegada efectivamente, de la moral que sanciona sobre las costumbres. Así, como valor señalado, que espera afectar el comportamiento y redireccionarlo, la moral apunta a un horizonte y así atiende a la transformación misma de la naturaleza. De este modo, “el contenido de la realidad social rompe los moldes formales de la vida de las instituciones [...]. Al transformarse las relaciones entre los individuos y su sociedad, va

acentuándose la ineficacia normativa de la moral precedente” (Ingenieros, “Bondad” 443). En estas condiciones, estamos seguros de que la moral no buscará contradecir la necesidad del cambio. Ésta, al contrario, es la encargada de que las representaciones colectivas se renueven, contra el *dogmatismo*.

Sin embargo, el riesgo no deja de existir: la “moral quietista” resiste el avance de la “moral melioralista” (Ingenieros, “Inquietud” 441). Algo que recuerda a *El hombre mediocre*. Lo imperturbable frente a la natural condición de transformación. La moral que persiste como dogma; la afirmación de lo que hay, o de lo que es, como deber ser. Su origen es el miedo al cambio, pero más el miedo a perder lo que se posee. Contra natura, el *hombre mediocre* pretende vivir de verdades ya no relativas, de verdades que, por eso, pierden su valor de verdad.

El ideal que prima en su representación de la evolución es el de la “justicia”. Y al decir justicia, Ingenieros piensa en un movimiento persistente que articula aquella idea de solidaridad con la posibilidad de dejar atrás los intereses egoístas. Los ideales señalan una dirección y en esa indicación también distinguen aquello de lo que hay que desprenderse. Esa dirección no se establece por saltos o vacíos, por expectativas infundadas, sino por previsiones, que albergan también el deber ser. La dirección es natural. Si la experiencia, y con ella la ciencia, es la condición de posibilidad para pensar en los ideales, éstos no pueden contradecir lo que hemos conocido. La experiencia permite reconocer las marcas recurrentes de una naturaleza en desarrollo evolutivo. Si confiamos en esto, los ideales nunca serán supersticiones o dogmas. Los ideales hablan de lo que la naturaleza es y, así entendidos, acompañan su despliegue. Justicia debe comprenderse desde aquí.

Si la reunión entre los hombres es producto de esta misma naturaleza, si la organización y la división del trabajo lo son, también debe serlo el bienestar del mayor número. Al hablar de patria o nación vuelve también a la consideración de las condiciones materiales, instalando la pregunta acerca de los intereses que guían a los grupos. Se trata de la “felicidad común”, del “sentimiento de solidaridad”, de la “justicia”, se trata de “nuevas virtudes cívicas”. Y es en relación con su defensa y realización que cobra sentido la vida política de un pueblo. El trabajo queda ubicado en una posición central, su valoración es condición de posibilidad de la afirmación de la justicia. Contra el *parasitismo*, el trabajo, origen de las sociedades, es “fuente de toda grandeza colectiva” (Ingenieros, “Terraño, patria...” 309), dice, invocando el progreso y la civilización como norte y la justicia como modo.⁸ Aunque la historia muestre una fuerte tendencia al parasitismo, el principio del trabajo está en la base de su condena. La historia

⁸ En este punto, en el trabajo de septiembre de 1920, Ingenieros introduce las palabras finales de *Al margen de la ciencia*, un texto propio, publicado en 1906: “Aspiremos a crear una ciencia nacional, un arte nacional, una política nacional, un sentimiento nacional, adaptando los caracteres de las múltiples razas originarias al marco de nuestro medio físico y sociológico. Así como todo hombre aspira a ser alguien en su familia, toda familia en su clase, toda clase en su pueblo, aspiremos también a que nuestro pueblo sea alguien en la humanidad” (Ingenieros, *Al margen* 252). Se introduce un elemento que acompaña todo el planteo de Ingenieros y que tiene que ver con una marcada idea de progreso, además de un comentario relativo a las razas que puede abrir toda otra consideración crítica. Poco antes de esa cita, se refiere a las “luchas incesantes por el progreso y la civilización” (Ingenieros, *Al margen* 309). Ambas cosas muestran, una importante continuidad con ideas proclamadas durante los años que indiscutiblemente se reconocen como científicistas, cuando era central para él una idea de progreso de fuertes connotaciones materiales. El progreso consiste en la actualización de las condiciones de vida a las características que presenta el medio y ese medio, en el momento en que escribe, está atravesado por el desarrollo del capitalismo. Ya desde su texto de 1898, “De la barbarie al capitalismo”, Ingenieros muestra la necesidad de pensar cómo se lleva adelante el proceso de adaptación a esas condiciones. Creemos que el punto de inflexión está aquí. Ingenieros no reniega del progreso, lo avala porque esa es la ley de la naturaleza; pero también advierte que la solidaridad y la justicia son parte de esa naturaleza, y entonces puede denunciar que el primado de ciertos intereses la contradicen, y proclamar también que el deber ser que esa naturaleza impone es su respeto. En su formulación, el recurso a la naturaleza puede servir también para arrojar científicidad allí donde, de lo contrario, la cuestión se dirimiría entre principios abstractos. Es probable que este recurso haya tenido un valor específico en el contexto en que escribía.

de las civilizaciones muestra que ese proceso que llamamos evolución es la adaptación, es la transformación de la naturaleza para responder a las necesidades de los hombres; eso es el trabajo y de ahí su valoración:

... el trabajo da vigor al músculo y ritmo al pensamiento, firmeza al pulso y gracia a las ideas, calor al corazón, confianza a la voluntad, temple al carácter. La perfección del hombre es obra suya; sólo por él consigue la libertad y depende de sí mismo, afirmando su señoría en la Naturaleza (Ingenieros, “Voluntad” 304),

dice en septiembre de 1921 en un texto dedicado casi íntegramente a este asunto. Y allí, atendiendo al rol que juega el trabajo en la sociedad, plantea la necesidad de organizarlo: “el ideal de los que trabajan consistirá en organizar socialmente las fuerzas productivas, sustrayéndolas al monopolio de los que no las han creado ni saben perfeccionarlas”. Y más adelante agrega: el que trabaja “cumple con el deber de producir y tiene derecho a consumir; dando lo que pueden su brazo y su ingenio, merece lo que necesita para su bienestar físico y moral” (Ingenieros, “Voluntad” 305). Todo ese texto está escrito en tiempo futuro, el ideal yace en la base de estas afirmaciones.

2. “Porvenir”

Veamos ahora qué ocurre con el segundo término que invocamos. Revisando su sentido, en íntima articulación con todo lo que hemos dicho, estaremos en condiciones de reconocer el alcance específico de “juventud”. Tal como puede suponerse, ambos conceptos están mutuamente implicados. Es claro que lo dicho hasta aquí acerca de los ideales habilita una mirada sobre el futuro en el que se inscribe la posibilidad de hablar de porvenir. Y es verdad que, de no suponerla en esta relación, la noción de ideales puede perder el sentido específico que aquí hemos querido reconstruir.

El concepto de porvenir está ligado al de evolución, entendiendo que se trata de un movimiento de transformación constante y natural. Ese movimiento, aunque es constante, no tiene sin embargo un objetivo, y este parece ser un punto central del planteo. Que puedan preverse ciertos comportamientos no vuelve teleológico al movimiento, “la meta importa menos que el rumbo”, dice nuestro autor (Ingenieros, “Juventud” 127).⁹ Según esa lógica, afirmar la anticipación o previsión es un modo de afirmar la continuidad, nunca la dirección, definida por cada objeto o momento. Del mismo modo, que pueda hablarse de “evolución” y juzgarse lo nuevo más perfeccionado que lo anterior, depende de una mirada comparativa con el pasado y no del señalamiento de un destino. El presente se despliega sobre el pasado como su complejización; ello habla de infinita perfectibilidad o “ilimitados perfeccionamientos” (Ingenieros, “Juventud” 127).

Este es el modo preciso que tiene aquí el cambio, presentado como “perfectibilidad”, “evolución” o “progreso”. Lo interesante, y en esto queremos detenernos, es el hecho de que esta mirada nos obliga a pensar en la condición de la transformación, frente a la cual aquella mediocridad de la que hablamos arriba se convierte en una característica obligada de todo lo que permanece inalterado. Remarcamos la tensión entre mediocridad y perfeccionamiento.

Al hablar de la juventud, Ingenieros habilita, junto con la idea de renovación, las de revolución y rebeldía –distintas, aclara, “de los motines y turbulencias que convulsionan la vida del Estado político” (Ingenieros, “Historia” 446). Todo progreso implica rebeldía, “rebelión contra la rutina” (Ingenieros, “Voluntad” 302). Contra las formas establecidas, que defienden los *mansos*, los *ignorantes* y los *holgazanes*, los jóvenes concretan “el desacato al conformismo

⁹ “No es un fin, es un camino”, decía en 1913 (Ingenieros, *Principios* 375).

convencional” (Ingenieros, “Historia” 246). El objetivo último se ubica en la justicia, la “moral melioralista” mueve a la rebeldía, permite confiar en el perfeccionamiento que no es sino dignificación de la vida. Y aquí puede referirse tanto a “el conjunto de satisfacciones en que los hombres hacen consistir la felicidad” (Ingenieros, “Inquietud” 441), como a rechazar “la miseria de una sola clase” o “el hambre de algunos” (Ingenieros, “Simpatía” 131). Por eso: “loados los jóvenes que enarbolan la bandera de la Justicia para aumentar en el mundo el equilibrio entre el bienestar y el trabajo” (Ingenieros, “Simpatía” 131).

La juventud puede ser expresión del ánimo de rebeldía que reacciona contra las formas anquilosadas y rutinarias y contra los privilegios, pero al hacerlo produce un desorden que no es bienvenido. Mientras las sociedades requieren de ciertas verdades para sostenerse, el cambio del que aquí se habla, lo dijimos al referirnos a los ideales, supone tal novedad respecto de esas verdades que se han sedimentado en los hábitos cotidianos de las mayorías, que termina por ser rechazado por éstas. Todo cambio requiere nuevos esfuerzos adaptativos, por eso incomoda y genera resistencia, pero su resultado es el progreso. La condición de ese saldo nos obliga a volver sobre los ideales, sobre su legitimidad. La ciencia haciéndole frente a la “inercia mental”.

El resultado de ese enfrentamiento conlleva renunciaciones, dice nuestro autor. Si las mayorías abandonan la comodidad, las minorías rebajan sus ideales para hacerlos reales, pierden en intensidad ganando en extensión, “al tomar contacto con la mayoría pasiva que los ataca, sólo consiguen modificarla a precio de la propia modificación, mediante un intercambio recíproco en que la herencia limita parcialmente la variación” (Ingenieros, “Historia” 247). La renovación es lenta, es parcial y no uniforme, aunque continua. Como dijimos, los ideales hacen pie en lo que hay.

Ese movimiento, natural y necesario, es obra de unos pocos. Esa tensión quizás sea la menos resuelta. Por momentos pareciera que es pertinente preguntarse si, entonces, se trata de una cuestión de tiempo, si, al hablar de la juventud, estamos señalando sólo la posibilidad de acelerar el tiempo, que deviene una novedad que tarde o temprano llega, o, en cambio, si la agencia humana a través de los ideales es condición imprescindible del cambio. Todo el desarrollo anterior nos sugiere la primera opción. La agencia misma no puede darse sin algunas condiciones que la exceden, porque la voluntad aquí es una voluntad necesariamente condicionada, cuyo despliegue no puede escindirse de lo que dijimos antes: el medio y los modos históricos de interacción con él, la adaptación. De lo contrario, no podemos tampoco pensarla.

Sin embargo, se hace evidente que los ideales son un factor sustancial para hablar del porvenir, puede que sin ellos la historia devenga sin juicio. Así como explica los ideales, en esa estrecha relación con las ciencias, éstos terminan por convertirse en necesarios. Un deber ser que obligada, o naturalmente, debe ser, aunque su contenido sea relativo. Nuestro autor habla de “deber natural”, cuya violación es una inmoralidad (Ingenieros, “Voluntad” 301). Aquel deber deja abierta la posibilidad del cambio. Eso es lo que debe ser y no hay desvío respecto de esa posibilidad que pueda reclamarse. Los ideales dan dirección, confieren sentido al porvenir, son la condición de su emergencia. Sin los ideales, bisagra entre lo que es y lo que podrá ser, el tiempo se vuelve uniforme y se aquieta.

Se recuerda con insistencia la tensión con el pasado. La persistencia de las costumbres que otrora sirvieron a la vida, ya no es sino signo de muerte. Porque lo que la vida reclama ha cambiado. Sólo lo que no tiene vida puede permanecer incólume ante los cambios. Y, entonces, anoticiarse de la necesidad de nuevas verdades no es tanto expresión de un espíritu juvenil y vital, de un idealismo juvenil en un sentido más o menos convencional, en función del cual se observa en los jóvenes la posibilidad de rebeldía contra lo impuesto. Es eso, pero porque es algo más. Ese idealismo no es un ensueño, ni abstracción, no es la proclama de valores espirituales frente al materialismo reinante. Es la posibilidad de afirmar un futuro porque es la condición misma de la naturaleza.

La temporalidad que Ingenieros tiene como marco es una que distingue el tiempo cronológico en pasado, presente y futuro, y recién en ese marco, que no puede pensarse sino en función de la noción de cambio, es que se erige la renovación. “Se vive en continuo porvenir”, dice, no en el presente; se vive en el movimiento, la vida es ese movimiento entre el pasado y el futuro, negarlo es “proscribir todo progreso futuro” (Ingenieros, “Historia” 248).

Si es clara su diatriba contra el conservadurismo, no nos alcanza con reconocer al discurso de Ingenieros como uno más de los tantos discursos que, por ejemplo, se erigieron en 1918 contra las formas de la universidad medieval.¹⁰ La lectura de Ingenieros se hace también contra el pasado que carcome el presente en tanto obtura la posibilidad de avizorar el futuro. No como forma real, sino como marco conceptual. Porque nuestro autor denuncia que convive con modelos conceptuales contemporáneos en los que la dimensión de futuro se vuelve evanescente. La clausura del futuro es también, en consecuencia, la afirmación de una historia “sin sentido moral”, que iguala a dignos y a miserables (Ingenieros, “Historia” 244). Una historia sin sentido moral coincide aquí con una historia sin futuro, que no es sino una historia sin previsiones, ciega al o ignorante del curso natural. Quizás una buena pregunta sea ¿cómo juzgar el presente y pasado sin posibilidad de deber ser?¹¹

Dijimos que el movimiento que aquí se invoca no tiene más dirección que la que estipula el objeto. No puede ser un fin preciso o depender de algún principio prefijado. Pareciera entonces que el hecho de que esa dirección esté ligada a la ciencia puede garantizar que el movimiento se dé en el sentido en que se desarrollan los agrupamientos sociales, el de la solidaridad y la cooperación. El único criterio del juicio moral.

3. Futuro pasado, a modo de cierre

Mucho se ha dicho sobre la confluencia en la *Revista* de una amplia cantidad de autores, pero también de que fue un proyecto de un solo hombre. Aquella variedad se complementa con la multiplicidad de disciplinas que reúne y que, según algunas lecturas, terminan por poner en discusión que, efectivamente, se trate de una *revista de filosofía*. Para nosotros, si esto último es muestra de una concepción de filosofía en disputa, aquello evidencia la opción de Ingenieros, aunque esas ideas no sean sólo suyas. Como hemos visto hasta aquí, la filosofía se construye en diálogo con la ciencia y la *Revista* es esa conversación.

Tomamos distancia de las lecturas que mencionamos al comienzo y de la posibilidad de segmentar la propuesta de Ingenieros, no sólo porque reconozcamos que él mismo cita sus trabajos más tempranos, sino porque alcanzamos a reconocer en el desarrollo de estos trípticos una base conceptual que coincide con desarrollos anteriores. La lógica evolucionista sigue vigente en los escritos de filosofía y es lo que le da sentido a la disciplina que busca construir. Ingenieros habla efectivamente de “ideales”, pero al hacerlo no renuncia a los presupuestos que sostenían sus consideraciones en torno a los otros saberes, a la sociología, a la psicología, pero incluso a la biología con la que éstas se articulan íntimamente. El sentido que adquiere aquí el término, lo hemos dicho, se deriva de la experiencia sensible y la confianza en el conocimiento que ésta ofrece. Esa experiencia termina siendo la garantía de los ideales.

¹⁰ Allí, como decía Nicolai, “la tradición de un pasado extinguido vive aún en toda su plenitud” (Nicolai 23), la tradición allí está viva como tal, ni siquiera se ha tomado el trabajo de vestirse con nuevos disfraces.

¹¹ Como hemos analizado recientemente, en una lógica que podemos ubicar en las antípodas de este planteo, autores de la época que retomaban algunas nociones de Benedetto Croce identificaban ser y deber ser y sostenían la imposibilidad de juzgar la historia. Entre esos autores se destaca, por su impronta institucional y su legado en el campo filosófico argentino, el nombre de Coriolano Alberini, quien se ocupó en varias oportunidades de impugnar la posición de nuestro autor y con quien disputaba en el espacio institucional de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA.

A esto se le suma el otro elemento que repasamos y que es parte constitutiva de aquel evolucionismo: la continuidad e irreversibilidad en la historia es condición sin la cual esos ideales, así definidos, no caben en el presente. Es esta conceptualización específica, la mutua implicación de ideales y renovación, dijimos, la que le permite a Ingenieros hablar de cambio y rebeldía. No hay renovación, ni juventud, si no se instala esa línea hacia adelante en la historia, que es el camino por el que transita la evolución y el progreso. Y esto, terminamos por inferir, es lo que más diferencia a Ingenieros de algunas de las posiciones que eran contemporáneas y que intentaban pensar las ideas de otro modo. Él mismo da cuenta de la querrela por el sentido: “solo merecen el nombre de idealistas los hombres que anhelan algún futuro mejor contra el actual imperfecto” (Ingenieros, “Verdad” 305). En sus definiciones, no sólo disputa con el modelo de saber que sostienen los claustros cordobeses de Nicolai, también se diferencia de un modelo conceptual que le es contemporáneo y con el que convive en sus mismos espacios universitarios. Y agreguemos que es con ellos, o por ellos, que la filosofía de Ingenieros quedará en el pasado. Signo paradójico del proceso de renovación por el que apuesta.

Qué son allí las *fuerzas morales*, podríamos preguntarnos finalmente. A qué se refiere esa expresión que parece tensionar dos lógicas. Es la acción en pos de un ideal. Es fuerza, porque es energía, energía física, movimiento que se despliega, acción. Y esa fuerza es moral, no porque sea juzgada en función de algún precepto o imperativo, es moral porque tiene un ideal como motor. Y ya sabemos qué significa “ideal” aquí. “Las fuerzas morales son plásticas, proteiformes, como las costumbres y las instituciones”, “se transmutan sin cesar en la humanidad”, “sólo merecen el nombre de virtudes las fuerzas que obran en tensión activa hacia la perfección, funcionales, regeneradoras”, dice en aquel texto que se publicaba póstumamente en la *Revista* (Ingenieros, “Las fuerzas” 294-295).

Con todo, la filosofía parece ser el saber que viene a cerrar un ciclo y el proyecto de la *Revista* termina por ser su última, aunque extensa, expresión, que alberga cada uno de los pasos anteriores. En ese contexto, la *Revista*, pero más aún estos artículos que recorrimos, es antes la coronación de una empresa que un vuelco de sentido. Si la filosofía, una vez más, termina por encumbrarse sobre los otros saberes, es a condición de reconocerse desplegada en un tiempo sensible, en una sucesión constante y necesaria; es a condición de tener al menos un pie sobre la tierra y ensayar siempre nuevas verdades.

Como sugiere Ponce, puede que aquí percibamos que *flota un presentimiento de despedida*. Ingenieros reconoce que ya no es joven y debe pasar la posta. Pero, al hacerlo, le habla a un presente. Y esto, arriesgamos una hipótesis, lo dice el hecho de que *Las fuerzas morales* haya sido publicado en la *Revista*. Sabemos que nuestro autor hizo lo mismo con muchos de sus libros, sobre todo, después de 1918, y es probable que no haya nada específico en este caso. Pero no por ello se diluye el gesto. Siguiendo la sugerente lectura de Beatriz Sarlo, para quien las revistas se publican “para la escucha contemporánea” y lo que ellas contienen, así como el modo en que lo hacen, interviene en la coyuntura, encontramos una pista.¹² Aunque, como decía Ponce, puede que haya aquí un plan meditado, con la publicación de estos artículos Ingenieros hace algo diferente a lo hacía al preparar el libro: interviene directamente en el presente. Busca sus interlocutores en el campo de los debates de ese momento. Mientras el libro, como dice Sarlo, será material para la posteridad.

Si lo que hemos dicho hasta aquí parece sostenerse, cabe preguntar por el presente de la revista y de estos artículos que recorrimos. ¿Por qué se dice esto en la década del 20, cuando,

¹² Sarlo destaca también la importancia de la sintaxis, cómo se incluyen los textos, de qué modo y en qué lugar. Sobre esto, no es menor notar que los trípticos, en la gran mayoría de los casos, cierran el número de la revista – algo que ocurre en casi todos los números con todos los artículos de su autoría. Pero, además, notamos el cambio de formato que sufren los artículos al organizarse en el libro, algo que mencionamos arriba. La sucesión de palabras abandona el movimiento que le daba el juego persistente de las tres afirmaciones, para pasar a convertirse en una enumeración continua de máximas.

para muchos estudiosos, la lógica del positivismo, con su evolucionismo y su ciencia, había sido desplazada del campo filosófico? ¿Qué era ese presente en que parecía posible aún hablar en estos términos?

Como probablemente muestre mucho mejor el proyecto del *Boletín Renovación*, se asomaba aquí la necesidad de hablar de futuro. La filosofía se presentaba como un saber que habilitaba el futuro, y a Ingenieros le interesaba salvar ese sentido de la filosofía. Entonces, la revista era un bastión del presente para el futuro y sólo entonces podrían tener un sentido específico las palabras con las que cierra este proyecto: “dichosos los pueblos de la América Latina si los jóvenes de la Nueva Generación descubren en sí mismos las fuerzas morales necesarias para su magna Obra: desenvolver la justicia social en la nacionalidad continental” (Ingenieros, “Las fuerzas” 296).

Obras citadas

- Biagini, Hugo et al. (comps), *José Ingenieros en su centenario*. Buenos Aires, Imago Mundi, 2024.
- Fernández, Cristina. *José Ingenieros y los saberes modernos*. Córdoba, Alción, 2012.
- Fernández, Cristina y Galfione, María Carla. *La Revista de filosofía, cultura, ciencias y educación. Índices y aproximaciones a un proyecto editorial*. Buenos Aires, CeDInCI, 2021. Disponible en: http://cedinci.org/wp-content/uploads/2021/04/Revista_filo.pdf
- Galfione, María Carla. "Filosofía y ciencia en la *Revista de Filosofía*: condiciones de una reconciliación". *Latinoamérica, Revista de Estudios Latinoamericanos*, N° 59, pp. 251-271. http://www.cialc.unam.mx/web_latino_final/numero_actual.html.
- Ingenieros, José. *Al margen de la ciencia*. Valencia, Sempere, 1906.
- Ingenieros, José. “Principios de psicología”. *Archivos de criminología y psiquiatría*, Año X, 1913.
- Ingenieros, José, “Terraño, patria, humanidad”, *Revista de Filosofía*, Año VI, tomo XII, n° 5, septiembre de 1920, pp. 304-313.
- Ingenieros, José. “Juventud-entusiasmo-energía”. *Revista de Filosofía*, Año VII, tomo XIII, n° 3, mayo de 1921, pp. 126-132.
- Ingenieros, José. “Voluntad, iniciativa, trabajo”. *Revista de Filosofía*, Año VII, tomo XIV, n° 5, septiembre de 1921, pp.300-306.
- Ingenieros, José. “Inquietud, rebeldía, perfección”. *Revista de Filosofía*, Año VII, tomo XIV, n° 6, noviembre de 1921, pp. 441-448.
- Ingenieros, José. “Simpatía- justicia- solidaridad”. *Revista de Filosofía*, Año VIII, tomo XV, n° 1, enero de 1922, pp. 128-134.
- Ingenieros, José. “Verdad – ciencia- ideal”. *Revista de Filosofía*, Año VIII, tomo XV, n° 2 marzo de 1922, pp. 299-307.
- Ingenieros, José. “Mérito- tiempo- estilo”. *Revista de Filosofía*, Año VIII, tomo XVI, n° 5 septiembre de 1922, pp.301-308.
- Ingenieros, José. “Historia, progreso, porvenir”. *Revista de Filosofía*, Año IX, tomo XVII, n° 2 marzo de 1923, pp. 243-250.
- Ingenieros, José. “Bondad, moral, religión”. *Revista de Filosofía*, Año IX, tomo XVII, n° 3, mayo de 1923, pp. 440-446.
- Ingenieros, José, “Las fuerzas morales”. *Revista de Filosofía*, Año XII, tomo XXIII, n° 2, marzo de 1926, pp. 293-296.
- Ingenieros, José, “Terraño, nación, humanidad”. *Revista de Filosofía*, Año XII, tomo XXIV, n° 4, julio de 1926, pp. 1-10.

- Nicolai, George. *Homenaje de despedida a la tradición de Córdoba docta y santa* [1927]. Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 2008.
- Plotkin, Mariano Ben. *José Ingenieros. El hombre que lo quería todo*. Buenos Aires, Edhasa, 2021.
- Sarlo, Beatriz. “Intelectuales y revistas: razones de una práctica”. *América: Cahiers du CRICCAL*, n° 9-10, 1992, pp. 9-16.
- Terán, Oscar. *José Ingenieros. Antimperialismo y nación*. México, Siglo XXI, 1979.
- Rossi, Luis. “Introducción. Los proyectos intelectuales de José Ingenieros desde 1915 a 1925: La crisis del positivismo y la filosofía en la Argentina”. *Revista de filosofía. Cultura, ciencias, educación*. Bernal, UNQ, 1999, pp. 13-64.